

LAS CATACUMBAS

Allison Schaefer

En un lugar extraño de este vasto universo existía un lugar llamado “Las Catacumbas”. Había allí seis dioses, quienes preguntaban a unas entidades, que nosotros conocemos como espíritus, si habían terminado de leer “El Libro de la Humanidad”, un libro con páginas que reflejaban un multiverso de galaxias, cuyo contenido era una historia única para cada persona que lo leyera. Si lo hacían, tenían que compartir los conocimientos que el libro les había mostrado y así encontrar paz eterna en el universo.

Al concluir la tertulia, una diosa, llamada Inanis, quedó atrapada dentro de las catacumbas, los otros dioses se burlaron de ella, con ligero y amigable desprecio, ya que ella, al no ser una diosa tan poderosa como las demás, no podía pasar a la recámara del Congreso de Dioses. Frustrada, la diosa baja su cabeza, sintiéndose derrotada, pero a sus pies descubrió algo en el suelo: una llave dorada; sabía que era la llave que cada dios poderoso tenía — excepto ella— para entrar en las habitaciones prohibidas de las catacumbas.

Ella, siendo tan joven y con gran curiosidad, decide abrir la primera puerta que daba hacia las habitaciones prohibidas con hebilla dorada; quedó desanimada, no era algo tan espectacular como Inanis pensaba, solo era un pasillo con muchos arcos que recorrían diversas habitaciones más allá de lo que sus ojos podían alcanzar a ver.

Recorrió uno tras otro lo que parecía un laberinto, algunas habitaciones le parecían conocidas, aunque jamás las había visto; otras completamente nuevas, otras iguales a anteriores que vio; se empezaba a confundir, ni siquiera podía recordar en qué dirección había caminado, más decidió continuar, determinada a encontrar porqué era tan secreto este lugar para ella.

Luego de recorrer tanto tiempo, lo cual para ella se sentía como décadas, se encontró con un cuarto con cerrojo dorado. Ella, preocupada, esperaba que no fuera la puerta por la que entró desde el principio, de lo contrario estaría decepcionada, más al abrirla se encontró con cascadas y piscinas que semejabán el universo mismo.

Inanis estaba maravillada, jamás había visto una habitación así en todo lo que había recorrido antes, pero al enfocarse en el centro de la habitación ve a alguien: había un anciano, no parecía un espíritu, sino una deidad, pero casi hecho polvo de los siglos que debió haber vivido, de un tamaño colosal, más que las otras deidades que ella conocía, con una máscara extraña de piedra que comenzaba a desmoronarse con cada movimiento que hacía.

Al inquirir ella quien era y donde estaban, el dice no ser nada y ser todo al mismo tiempo, afirmando estar en una habitación que conecta a todo el universo. Explicó que, a lo largo de la existencia de la humanidad y otros organismos vivientes, de millones y millones de años, aquí se guarda la información que los dioses lograron recolectar, todos los conocimientos que tuvieron en sus vidas, sus descubrimientos, sus aprendizajes, todo, absolutamente todo iba a ese archivo. Y que, al paso del tiempo, ese lugar se volvió uno con el universo mismo, y toda información que se daba solo creaba más vida en el vasto vacío fuera del universo existente.

Inanis preguntó si las otras deidades habían visitado este lugar antes, el anciano responde que no, que aunque poseen la llave para entrar, ninguno de ellos lo ha hecho, quizás nadie lo había intentado y tenido la paciencia para encontrar la habitación.

Ella se consideró especial, fue una gran euforia para Inanis saber que, aunque por tanto tiempo la hacían sentir menos, por fin tuvo un logro que nadie más tenía, y al tener ese logro, ella quiso saber más, pensaba que con este descubrimiento podría por fin sobrepasarles y así convertirse en la Diosa más poderosa y amada que jamás haya existido. Con emoción decidió preguntarle al anciano qué podía hacer ella con este descubrimiento.

Él le dice que lo mejor sería regresar a la entrada principal de las catacumbas para continuar colectando más de los espíritus fallecidos, que es un trabajo importante y noble; pero ella insiste en querer saber más, le cuenta todos sus pesares, cómo ningún espíritu al verla la reconoce como una deidad de importancia y los demás dioses no la aprecian al ser tan pequeña, tanto en conocimientos como existencia.



El anciano, después de cavilar un poco, le dice que hay una forma, pero no está seguro si deba seguirla. Pero Inanis le insiste en que ella está preparada para hacer todo lo que sea por su sueño. El anciano, algo dudoso, decide complacerla.

Le comenta que ella podría sumergirse en la piscina del centro de la habitación, la cual parecía un lago, donde se reflejan los millones de galaxias e infinitas estrellas en el agua; que de esta manera podría descubrir todo el conocimiento del universo, y así ser la diosa con más sabiduría de todos ellos.

Decidida, Inanis se zambulle sin pensarlo dos veces, se relaja y empieza a dormir flotando sobre el agua.

No se sabe cuánto transcurrió, pero al paso de los tiempos su cuerpo comenzó a desintegrarse, como si fuera polvo, y cada polvo formaba estrellas, galaxias, miles de mundos e infinidad de formas de vida, aunque su cuerpo ya no existía; Inanis, al volverse una con el universo, comenzó a vigilar cada rincón de éste, y con su sabiduría como ningún otro, mantenía el balance del universo entero y todo nuevo universo que se creaba.

El anciano, satisfecho con el logro de la pequeña diosa, arrojó la llave dorada al agua desvaneciéndose de la misma manera que ella.

En tanto las demás deidades en las catacumbas, a punto de retirarse tras su trabajo de recolectar información sin percatarse que la pequeña deidad ya no estaba, uno de ellos advierte que ha perdido su llave y regresa a buscarla. Los otros ahora ríen de él y lo abandonan allí en las catacumbas...

Y todo inicia de nuevo... ☞

Allison Schaefer (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1997). Escritora, fotógrafa e ilustradora mexicana. Traductora médica bilingüe. Coautora (con Walter Schaefer) del libro de cuentos inusuales *Escrito en las Sombras*.